

5. La “forma Estado”

Desde el punto de vista *político*, el *Estado*
y la *organización de la sociedad* no son *dos* cosas distintas.
El Estado es la organización de la sociedad.

Karl Marx

Tomad una determinada sociedad civil
y tendréis un determinado Estado político que no es más
que la expresión oficial de la sociedad civil.

Karl Marx

A la manera de un palimpsesto, la teoría política de Marx subyace a la *crítica de la economía política*. Esto quiere decir que su forma de exposición no es la misma que la adoptada por las teorías políticas anteriores. Dicho con otras palabras, la crítica de la economía política es ya una teoría de la política. En esta se encuentra implícita, entonces, una teoría del Estado. Se trata de una teoría del Estado en boceto o, si se quiere, en condición naciente. Las condiciones históricas no le permitían a Marx percibir, entender y razonar un Estado más que en uno de sus momentos, aquel que asociaba con la defensa de los intereses de la clase dominante, como se expresa en el *Manifiesto del Partido Comunista*: “el gobierno del Estado moderno no es más que una junta que administra los negocios comunes de toda la clase burguesa”. De igual manera, en sus escritos periodísticos predomina la visión del Estado como el escenario pasivo de la lucha de clases, lucha en la que el vencedor impondrá sus propias condiciones a los vencidos. Aun en esas circunstancias, cabe la posibilidad de que la clase dominante renuncie a la corona con tal de preservar la bolsa, es decir, que la clase dominante puede o no gobernar por medio de sus representantes directos o por medio de una representación política diferente, de donde se deduce que los intereses del orden social en su conjunto están preservados por un “partido” o por “otro”, y lo único que cambiaría serían los estilos distintos de gobernar para mantener el orden social. La revolución radical se inscribiría en otro registro, aquel desde el que sería posible poner en consonancia las reglas

de la producción y reproducción de la vida material con el Estado político y sus diferentes modalidades adaptativas. En este registro, Marx enuncia la “dictadura del proletariado” y también, como sinónimo, la “república de los productores”. Quizá no sea innecesario reiterar que estas formulaciones no son programáticas, sino que están enunciadas en un nivel abstracto que hace las veces de “ideas regulativas de la razón práctica”, pero en este caso esa razón sería “práctica política”, praxis. El riesgo de empalmar niveles de análisis fue desastroso porque las formulaciones abstractas de Marx pueden usarse (como de hecho ocurrió) para legitimar con su nombre prácticas políticas que estaban en contraposición con su planteamiento de libertad y emancipación humana.

Como sea, es posible comprender la teoría política de Marx implícita en su crítica de la economía política y, todavía más, es dable deducir la “forma Estado” de la forma valor. Con eso se podría construir una interpretación amplia y flexible capaz de comprender los fenómenos políticos más diversos y, sobre todo, los más actuales.

Ahora bien, este ejercicio no es sencillo. No se trata de hacer una “derivación” como la que hacen Mathias y Salama (1986), cuando en la secuencia dinero-mercancía-dinero incrementado —que es la “fórmula” gráfica del capital— insertan desde el exterior el término “Estado” porque empíricamente han verificado que eso que pasa o se presenta como Estado interviene en el mundo económico para ayudar al capital a reproducirse. Este procedimiento también lo lleva a cabo Elmar Altvater (1985) al tratar de dilucidar las funciones del Estado en la acumulación del capital. Como se aprecia, en estas “deducciones” o “derivaciones” no hay un rigor metodológico que haga brotar al Estado lógicamente desde la forma valor, pues para hacerlo así se debe trasladar la lógica silogística que usó Marx a un esquema igualmente silogístico donde se haga necesaria una unidad global, sistémica y total que, como tal, sea un monopolio de procesos extraeconómicos. La forma valor se desenvuelve como mundo económico arrastrando sus contradicciones constitutivas las cuales estallan, por lógica, en las crisis, en las que sin duda aparece la necesidad del momento negativo del valor, no solo porque el capital se desvaloriza en sí mismo, sino sobre todo porque para la superación de tal situación se requiere *un capital* que contradiga su esencia, es decir, un capital cuya empresa no sea la obtención de ganancia. No se trata de un capitalista sino precisamente de un capital negativo que cumple el silogismo hegeliano del ser-en-sí, el ser-para-sí, y el ser-en-sí-y-para-sí, es decir, el entrelazamiento de lo Uno (el capital que analizó Marx,

en general y en abstracto, *como si fuera Uno*), lo múltiple (la circulación del capital Uno, pero ahora en el terreno de ser muchos capitales individuales, inclusive fragmentados en acciones, y en perenne competencia) y, como tercer momento, de nuevo lo Uno como un capital global, totalidad sistémica autopoietica, capaz de intervenir por cualquier medio para mantener la unidad total. Esa unidad es la “forma imperio” desde la cual, en efecto, se deduce la “forma Estado”, condición de posibilidad de comprensión tanto de los Estados-naciones soberanos y de los Estados-naciones geopolíticamente débiles y *subveranos*.¹

La deducción de la “forma Estado” a partir de la “forma valor” ha de tomar en cuenta el estrecho vínculo entre la lógica de Hegel y la lógica de la crítica de la economía política, como han sugerido varios autores (Rosdolsky, 1983; Arthur, 2015; Moseley y Smith, 2015; Caligaris y Starosta, 2015; Dussel 1990; Uchida, 1988; Zeleny, 1988; Dri, 2019; Dunayevskaya, 2010). Cuando la explicación marxiana de la “forma valor” se sitúa en conexión con la teoría contractualista del Estado y con la crítica que Hegel hizo de tal teoría, brota con una singular claridad el vínculo lógico necesario para insertar en el ADN de la lógica de Marx los elementos hegelianos que completarían su teoría del Estado. Aquí lo haremos de manera sintética y abreviada. Esto no sería un procedimiento del tipo *Deux ex machina*, sino que está amparado en el propio Marx. Hay suficientes indicios de que su teoría política juvenil se puede engarzar con la *crítica de la economía política*, engarce guiado por la *Fenomenología del espíritu*, la *Ciencia de la lógica* y la *Filosofía del derecho* de Hegel.

EL MÉTODO DIALÉCTICO

Marx definía su crítica de la economía política como “un todo artístico [...] ordenado dialécticamente” (Marx y Engels, 1968: 115). Varias veces señaló también que su crítica era el primer intento de “aplicar el método dia-

¹ En una reseña de un libro de Jaime Osorio (2004), yo señalaba: “Quizá más que hablar de ‘soberanía restringida’, concepto que causa problemas en cuanto al significado preciso de la soberanía (poder supremo de hacer leyes encima del cual no hay ningún otro poder), hablaríamos, con un neologismo, de ‘subveranía’ como aquel supremo poder de los Estados subalternos al interior de sus territorios, pero que se encuentra subordinado al poder de la empresa global y al poder del centro imperial, dependiendo de la posición geo-económica y geopolítica (por lo tanto, geoestratégica) que ocupe. Pero Osorio habla de soberanía restringida de nuestros Estados y destaca que esta ha sido, salvo excepciones, una condición endémica de nuestra región” (Ávalos, 2006: 216). Después de esto, Osorio inventó la denominación “subsoberanos” para referirse a este poder disminuido de los Estados subalternos.

léctico a la economía política” (Marx, 1968: 145). Por supuesto que detrás de la utilización marxiana del método dialéctico se encontraba la filosofía de Hegel. Veamos la manera en que Marx exponía su relación con el profesor de Berlín: “Mi relación con Hegel es muy sencilla. Soy discípulo de Hegel, y la vocinglería presuntuosa de los epígonos que creen haber enterrado a ese pensador eminente me parece francamente ridícula. No obstante, me he tomado la libertad de adoptar para con mi maestro una actitud crítica, de desembarazar su dialéctica de su misticismo y hacerle experimentar un cambio profundo” (Marx, 1977: II: 658) En otra ocasión, Marx apuntó:

Mi método dialéctico no solo difiere del de Hegel en cuanto a sus fundamentos, sino que es su antítesis directa. Para Hegel el proceso del pensar, al que convierte incluso, bajo el nombre de idea, en un sujeto autónomo, es el demiurgo de lo real; lo real no es más que su manifestación externa. Para mí, a la inversa, lo ideal no es sino lo material traspuesto y traducido en la mente humana [...] Hace casi treinta años sometí a crítica el aspecto mistificador de la dialéctica hegeliana, en tiempos en que todavía estaba de moda. Pero precisamente cuando trabajaba en la preparación del primer tomo de *El capital*, los irascibles, presuntuosos y mediocres epígonos que llevan hoy la voz cantante en la Alemania culta, dieron en tratar a Hegel como el bueno de Moisés Mendelssohn trataba a Spinoza en tiempos de Lessing: como a un “perro muerto”. Me declaré abiertamente, pues, discípulo de aquel gran pensador, y llegué incluso a coquetear aquí y allá, en el capítulo acerca de la teoría del valor, con el modo de expresión que le es peculiar. La mistificación que sufre la dialéctica en manos de Hegel, en modo alguno obsta para que haya sido él quien, por vez primera, expuso de manera amplia y consciente las formas generales del movimiento de aquella. En él la dialéctica está puesta al revés. Es necesario darle vuelta, para descubrir así el núcleo racional que se oculta bajo la envoltura mística (Marx, 1977: 19).

Como salta a la vista, Marx veía en la dialéctica de Hegel la forma más adecuada de penetrar en la esencia de las cosas y también el modo más riguroso de desarrollar los conceptos y categorías para hacer la crítica del universo presentado por los economistas clásicos. La dialéctica hegeliana lo llevaba a descubrir la esencia de las cosas, pero también, por otra parte aunque en el mismo proceso, podría contribuir a la comprensión de la forma en que la esencia se manifiesta en la superficie de la vida cotidiana.

A todo esto, ¿qué es la dialéctica hegeliana? Hay un primer gran momento filosófico en el que se cimienta el proceder de Marx y que consiste, a saber, en la desconfianza de los hechos empíricos tal como se presentan en

su inmediatez. Hay que trascenderlos para comprender su esencia. Después de este movimiento, todavía hay que analizar la forma en que esa esencia se "pone en el mundo", se exterioriza, se manifiesta. Con esto describimos *grosso modo* el movimiento general del pensar, pero eso no es suficiente. Todavía hay dos elementos de la dialéctica hegeliana que tienen particular relevancia en la forma de proceder de Marx. Dejemos que sea el propio Hegel quien los exponga: "En mi *Fenomenología del espíritu* [...] se ha trazado el método, el cual consiste en partir de la primera y más sencilla manifestación del espíritu, de la conciencia inmediata, y desarrollar su dialéctica hasta llegar al punto de vista del conocimiento filosófico, cuya necesidad es puesta de manifiesto por este mismo desarrollo" (Hegel, 2002: 35).

Quisiera que se tomara en cuenta, sobre todo, el punto de partida que apunta Hegel: "La primera y más sencilla manifestación del espíritu". En segundo término, aquí ya se anota el movimiento del fluir o devenir de aquella primera manifestación. Más adelante, el filósofo de Stuttgart señala: "Conocer no significa otra cosa que saber un objeto según su contenido determinado. Pero el contenido determinado de un objeto no es sino una multiplicidad de recíprocas relaciones y de relaciones con otros objetos" (Hegel, 2002: 46). Lo que está más allá de lo inmediato y constituye su contenido es una red de relaciones.

Marx releyó la *Lógica* de Hegel mientras redactaba los *Grundrisse*. Hasta hizo saber a Engels que si volvía a "tener tiempo" redactaría "dos o tres pliegos" para hacer accesible "a los hombres con sentido común el fondo racional del método que Hegel ha descubierto y al mismo tiempo mistificado" (Marx y Engels, 1968: 68). Existe ciertamente una clara semejanza entre las estructuras lógicas de la *Ciencia de la lógica* de Hegel y *El capital* de Marx, semejanza nada casual, pues la forma silogística de la primera es la guía para seguir el camino del valor en su proceso de autovalorización. Es explicable, entonces, que Marx siguiera al profesor de la Universidad de Berlín por lo menos en tres aspectos: *a*) posición crítica del pensamiento; es necesario desconfiar de la verdad de lo inmediato y es preciso también llegar a la esencia de las cosas; se requiere explicar el mundo de los fenómenos como manifestación mistificada de su esencia, *b*) el conocimiento se obtiene partiendo de lo más simple e indeterminado y *c*) se llega a comprender el contenido de lo que se investiga cuando se halla el conjunto de determinaciones o relaciones múltiples que lo explican justamente como un ser determinado. Revisemos los momentos metodológicos más importantes de la crítica de la economía política.

DE LO ABSTRACTO A LO CONCRETO

La cuestión del método es fundamental para comprender en toda su riqueza, amplitud y profundidad el carácter, contenido e implicaciones de la crítica de la economía política. Es verdad que no son muchos ni muy amplios los escritos donde Marx trata explícitamente el método. Empero, también es verdad que la construcción conceptual de su crítica es, por sí misma, una exposición completa de una metodología.

En agosto de 1857, cuando Marx comienza la redacción de los siete cuadernos conocidos como los *Grundrisse*, realiza una reflexión precisa acerca del método; esta tiene, no obstante, un contexto y una intención determinados. En primer lugar, como se sabe, estos escritos no estaban destinados a su publicación; más bien eran espacios donde Marx elaboraba por primera vez en extenso su discurso definitivo. Este trabajo teórico de elaboración o de creación de un discurso propio, nuevo, original, se hallaba combinado con la superación del legado de los economistas clásicos. Como resultado, los cuadernos que Marx escribió de agosto de 1857 a junio de 1858 tienen ínsita la huella de un lento pero profundo proceso de creación, de “idas y vueltas”, de repeticiones, de autoaclaraciones. Los *Grundrisse*, es verdad, no tienen la sistematicidad propia de los textos que Marx entregaba a la imprenta; sin embargo, la profundidad conceptual compensa, con mucho, aquel carácter asistemático. Bien ha dicho Enrique Dussel que los *Grundrisse* “son ya [...] el descubrimiento de las principales categorías y su orden definitivo” (Dussel, 1985: 12) y como todo descubrimiento, este tuvo que ser resultado de una profunda labor previa de reflexión paciente.

He aquí, pues, las condiciones que enmarcan aquellas páginas iniciales referentes al método, que justamente se encuentran al comienzo del cuaderno “M”, es decir, en las primeras páginas de los *Grundrisse*. Su autor ha iniciado el análisis con el problema de la “producción”, que no es sino la “apropiación de la naturaleza por parte del individuo en el seno y por intermedio de una forma de sociedad determinada” (Marx, 1987: I: 7). De inmediato Marx se da cuenta de que la producción tiene rasgos o determinaciones comunes en diferentes épocas: “ciertas determinaciones serán comunes a la época más moderna y a la más antigua. Sin ellas no podría concebirse ninguna producción” (Marx, 1987: I: 5); sin embargo, hay que tener cuidado: es necesario separar aquellas determinaciones comunes a toda producción para que no se olvide cuál es la diferencia específica entre un tipo de producción determinado y otro. Los economistas modernos han caído en este olvido y por eso “demuestran la eternidad y la armonía de las condiciones

sociales existentes” (Marx, 1987: I: 5). Ellos identifican, por ejemplo, el instrumento de producción (necesario en cualquier época para llevar a cabo el acto de producción) con el capital —que también es, entre otras cosas, instrumento de producción—, y con esta identificación hacen del capital una “relación natural, universal y eterna”. La entrada al discurso por el problema de la producción conduce, entonces, a una lección metodológica primaria: cuando se pretende estudiar un todo, es necesario encontrar sus determinaciones, es decir, aquello que da su ser al objeto. La producción así planteada “en general” tiene distintas determinaciones o elementos que la constituyen como producción. Dichos elementos son comunes a toda producción posible (trabajo, instrumento, objeto de trabajo, etc.): determinan algo como producción. De lo que se trata es de encontrar estos caracteres comunes a toda producción, separarlos y no confundirlos con las determinaciones propias de un tipo de producción específico, determinaciones estas últimas que constituyen la “diferencia esencial” respecto de la producción “en general”. Marx pasa entonces a examinar la relación de la producción con la distribución, el cambio y el consumo, tal como “los economistas la asocian”. El examen se detiene y se inicia un breve apartado sobre el método:

Si comenzara [...] por la población, tendría una representación caótica del conjunto y, precisando cada vez más, llegaría analíticamente a conceptos cada vez más simples: de lo concreto representado llegaría a abstracciones cada vez más sutiles hasta alcanzar las determinaciones más simples. Llegado a este punto, habría que reemprender el viaje de retorno, hasta dar de nuevo con la población, pero esta vez no tendría una representación caótica de un conjunto, sino una rica totalidad con múltiples determinaciones y relaciones. El primer camino es el que siguió la economía naciente. Los economistas del siglo xvii, por ejemplo, comienzan siempre por el todo viviente [...] pero terminan siempre por descubrir, mediante el análisis, un cierto número de relaciones generales abstractas determinantes, tales como la división del trabajo, el dinero, el valor, etc. Una vez que estos momentos fueron más o menos fijados y abstraídos, comenzaron a [surgir] los sistemas económicos que se elevaron desde lo simple —trabajo, división del trabajo, necesidad, valor de cambio— hasta el Estado, el cambio entre las naciones y el mercado mundial. Este último es, manifiestamente, el método científico correcto. Lo concreto es concreto porque es la síntesis de múltiples determinaciones, por lo tanto, unidad de lo diverso [...] En el primer camino, la representación plena es volatilizada en una determinación abstracta; en el segundo, las determinaciones abstractas conducen a la reproducción de lo concreto por el camino del pensamiento (Marx, 1987: I: 21).

Abstracto y concreto: es necesario “ir” de lo abstracto a lo concreto, pero esa “ida” es un ascenso o un elevarse de lo abstracto y simple hasta lo concreto: este se entiende entonces como una totalidad que condensa en una unidad contradictoria lo diverso. Así, lo concreto no es lo inmediato o lo sensible, sino una síntesis, un resultado de múltiples elementos o determinaciones pensadas que le otorgan significado a algo puesto, entonces, como un concreto determinado. Esta concepción de lo concreto recuerda las lecciones de historia de la filosofía de Hegel, donde el gran filósofo idealista señala que “la unidad de los distintos es precisamente lo concreto [...] la idea es algo esencialmente concreto, puesto que es la unidad de distintas determinaciones” (Hegel, 1985: I: 28-29). El propósito del acto cognitivo es reproducir lo concreto “por el camino del pensamiento”, es decir, tiene que llevarse a cabo un trabajo de elaboración, construcción o, mejor, producción, de lo concreto espiritual. Este “concreto espiritual” no es la concreción histórica que se vive como cotidianidad, “no es de ningún modo el proceso de formación de lo concreto mismo”, dice Marx; es una totalidad concreta que está en el pensamiento, “es un producto de la mente que piensa y que se apropia el mundo del único modo posible, modo que difiere de la apropiación de ese mundo en el arte, la religión y el espíritu práctico” (Marx, 1987: I: 22). Nótese que muy claramente Marx mantiene una diferenciación entre el “concreto espiritual” y el “concreto histórico” que necesariamente serían distintos, con lo que se comprende cómo y en qué aspectos esenciales sigue manteniendo una distancia crítica respecto de Hegel; epistemológicamente, entonces, Marx sigue plegado a la separación sujeto-objeto propio de la filosofía kantiana.

Ahora bien, ¿cómo construir aquel concreto espiritual? No es, ciertamente, tratando de representar en la mente lo concreto como lo inmediato, como lo que se presenta a los sentidos. Por supuesto, Hegel da la clave:

Pensar el mundo empírico significa [...] transformar su forma empírica y cambiarla en algo universal; el pensamiento ejerce a la vez una actividad negativa sobre aquel fundamento; la materia percibida, cuando es determinada mediante la universalidad, no subsiste en su primera forma empírica. Es sacado a la luz el contenido interior del precepto con la eliminación y negación de la envoltura exterior (Hegel, 2002: 50).

Entonces se debe reorganizar la primera representación de lo concreto, aquella representación caótica a la que se refiere Marx. Esta representación

plena inicial no es todavía parte del método "ya que la mera representación es un momento del conocimiento cotidiano, precientífico, predialéctico", sugiere Dussel (1985: 51). ¿Cuándo empieza entonces el acto de conocimiento? Cuando se sustraen de la primera representación los elementos aislados y más simples posibles, es decir, comienza con la abstracción. En la *Fenomenología del espíritu*, Hegel señala que la "abstracción absoluta" consiste "en aniquilar todo ser inmediato para ser solamente el ser puramente negativo de la consciencia igual a sí misma [...] la presentación de sí mismo como pura abstracción de la autoconsciencia consiste en mostrarse como pura negación de su modo objetivo o en mostrar que no está vinculado a ningún ser allí determinado, ni a la singularidad universal de la existencia en general, ni se está vinculado a la vida" (Hegel, 2007: 115-116). Si tomamos como base, pues, lo dicho por el maestro de Marx, la abstracción significa extraer una parte del todo, de su elemento o ambiente, y analizarla tal como ella es en sí. "El acto de abstracción es analítico, en el sentido que separa de la 'representación plena' uno a uno de sus múltiples contenidos noéticos (momentos de la realidad de la cosa misma); separa una parte del todo y la considera como todo. El considerar una 'parte' como 'todo' por la capacidad conceptiva de la inteligencia es la esencia de la abstracción" (Dussel, 1985: 51). Por eso Marx dice que paulatinamente la ciencia económica llegó por la vía del análisis a "abstracciones cada vez más sutiles"; entonces se empezaron a fijar determinaciones simples; solo a través de la mediación de estas determinaciones abstractas es posible llegar a producir el concreto espiritual, la totalidad concreta en el pensamiento, que logra comprender los momentos que conforman la realidad histórica concreta, lo que Marx consideraría lo real-real. La totalidad ya no es "caótica" como en la primera representación que proporcionan naturalmente los sentidos, sino que ahora se encuentra reordenada categorialmente. Las intuiciones y representaciones iniciales se transforman mediante la abstracción de las determinaciones que producen el todo, pero en conceptos.

En suma, "el método científico correcto" es, para Marx, aquel que comienza el acto de conocer con los momentos más simples, con la abstracción de las determinaciones, y a partir de ahí se eleva a la totalidad concreta que va a dar a cada determinación su formulación concreta, su sentido dentro del todo y, por lo tanto, su explicación. Me parece importante recalcar que para Marx en este momento el proceder de los economistas, en tanto comienzan efectivamente por las determinaciones más simples y de ahí se elevan a lo complejo, a lo concreto, es el "método científico correc-

to”. Recuérdese que Marx está haciendo la crítica de una ciencia, por lo que reconocer que los economistas clásicos proceden correctamente desde el punto de vista científico significa que toma en serio la argumentación desarrollada en los textos económicos. Ya en su “laboratorio” crítico Marx pensará que no es suficiente con ascender de lo abstracto a lo concreto para cumplir con el método científico, pues la estructuración lógica de la argumentación desplegada desde un fundamento o un principio será más o menos rigurosa según se vincule con una *petitio principii* o con paralogismos ideológicos o con hechos naturales incontrovertibles, por ejemplo. De todos modos, esta primera reflexión acerca del método deja en claro y de una manera general la relación entre lo abstracto y lo concreto, la importancia de la abstracción y lo crucial que resultan las determinaciones. Así, ha quedado esbozado el proceder del pensamiento dialéctico.

En este caso, Marx tiene en mente como “totalidad concreta” real, la “moderna producción burguesa, la cual es en realidad nuestro tema específico”, por eso el método dialéctico que describe se refiere en términos tan generales a la totalidad y a las determinaciones particulares (capital, trabajo, renta de la tierra, etc.). El resultado es la elaboración de un primer plan de investigación que refleja esta concepción según la cual se asciende de lo abstracto (y simple) a lo concreto (y complejo): se comienza por los elementos que Marx considera más simples para el estudio de la “sociedad burguesa” y se termina con los momentos más concretos de aquella gran totalidad de esta sociedad:

Efectuar claramente la división [de nuestros estudios] de manera tal que [se traten]: 1) las determinaciones abstractas generales que corresponden en mayor o menor medida a todas las formas de sociedad, pero en el sentido antes expuesto; 2) las categorías que constituyen la articulación interna de la sociedad burguesa y sobre las cuales reposan las clases fundamentales. Capital, trabajo asalariado, propiedad territorial. Sus relaciones recíprocas. Ciudad y campo. Las tres grandes clases sociales. Cambio entre ellas. Circulación. Crédito (privado). 3) Síntesis de la sociedad burguesa bajo la forma del Estado. Considerada en relación consigo misma. Las clases “improductivas”. Impuestos. Deuda pública. Crédito público. La población. Las colonias. Emigración. 4) Relaciones internacionales de la producción. División internacional del trabajo. Cambio internacional. Exportación e importación. Curso del cambio. 5) El mercado mundial y las crisis (Marx, 1987: I: 29-30).

Este primer plan sufrirá importantes modificaciones. En aquel instante Marx no hacía sino seguir, en líneas generales, la ordenación de los economistas, especialmente Adam Smith, David Ricardo y John Stuart Mill. Insisto en que es una reflexión inicial a la que se sumarán muchos cuadernos en los que Marx irá redefiniendo sus categorías, sus conceptos y, en consecuencia, también sus planes. Los grandes descubrimientos no tardarán en venir. Con todo y que esta referencia a la cuestión del método es muy inicial, la forma del movimiento del pensar sí está ya planteada. La totalidad no será siempre la "sociedad burguesa", sino que una de sus determinaciones, el capital, puede ser abordada como totalidad para estudiarla mediante la precisión de sus determinaciones abstractas. La forma del pensamiento dialéctico se conserva: determinación abstracta-totalidad concreta (concreto espiritual).

En la medida en que avanzó en sus estudios, Marx se percató de que era necesario, como hilo conductor de la crítica de la economía política, "desarrollar el concepto del capital". Debe entenderse aquí el concepto tal como Hegel lo asumía: "el 'concepto' hegeliano no pertenece al orden de una abstracción noética; concebir (o comprender) es, de acuerdo con la etiología de este término, reunir los diversos momentos que constituyen lo real, esforzándose por captarlos en el 'elemento' unificante que los pone y determina en su verdad" (Labarriere, 1985: 258)

Tenemos entonces dos momentos. El primero, el de la abstracción, extrae una parte del todo y la despoja de sus relaciones dentro del todo. El segundo momento, el del desarrollo del concepto, pone a la parte —ya hondamente estudiada— en el todo que le da su verdad, que la explica en su dimensión real. Todo esto define ya un movimiento del pensamiento, que Marx rescata del idealismo hegeliano, y podrá ser utilizado para la comprensión de la totalidad o bien para estudiar cada una de las partes que la componen. En aras de la claridad didáctica citemos un ejemplo muy ilustrativo que corre a cuenta de Enrique Dussel:

Lo concreto es la totalidad que comprende a los entes, los objetos, las cosas; por ejemplo, el capitalismo y el mercado mundial como totalidad. Lo abstracto es [*sic*] los mismos entes, los objetos, las cosas que son "parte" de los todos enunciados, pero que son analizados "como todos". En la realidad la "mesa" es parte del "aula universitaria" —la mesa del profesor—. Pero como "mesa" en cuanto tal es abstracta; es abstraída de la totalidad en la que es "parte" y es considerada por la inteligencia representativa en su esencia (*Wesen*). La mesa en cuanto tal es abstracta; el aula que determina la forma de la mesa del pro-

fesor (y es el aula como totalidad pedagógica la que diferencia dicha mesa de la mesa del carpintero, del carnicero, de operaciones, etc.) es lo concreto [...] Se “asciende” entonces de la mesa en cuanto tal (abstracto) al aula como totalidad (concreta), para explicar desde el acto pedagógico y la totalidad del aula la “forma” (esencia) de la mesa del profesor (concreto explicado) (Dussel, 1984: 30).

Como se desprende de aquí, el proceso que produce el conocimiento y que consiste en ascender de lo abstracto a lo concreto, tiene el propósito de develar la esencia de los objetos que se estudian. Y para cumplir ese propósito es necesario explicar los fenómenos por sus determinaciones de forma.

LA CUESTIÓN DE LAS DETERMINACIONES

En el caso de lo que tiene en mente Marx en su crítica de la economía política es preciso desarrollar las determinaciones de la sociedad capitalista. Específicamente, en primer lugar, es necesario encontrar las determinaciones del capital. ¿Qué son las determinaciones (*Bestimmungen*)? “Las determinaciones son para Marx —como para Hegel— lo que para Aristóteles era definido como la forma (*morfê*): momento constitutivo esencial de la cosa” (Dussel, 1985: 32). Con otras palabras, la determinación no es que algo sea la causa de otra cosa, sino el elemento de constitución que da sentido o significado a la cosa. Determinación no quiere decir que un objeto decida sobre otro objeto: determinación es la significación de la esencia. De esta manera, cuando Marx se refiere a la determinación se estará refiriendo a la forma en que se constituyen los aspectos esenciales de las cosas.

Veamos ahora cómo procede Marx para hallar esa significación de las cosas: “Partimos de la mercancía —de esta específica forma social del producto— como fundamento y premisa de la producción capitalista. Tomamos en la mano algunos productos concretos y analizamos las determinabilidades de forma (determinaciones formales) que en ellos se contienen como mercancía, que ponen en ellos la impronta de mercancías” (Marx, 1980b: III: 98). Así procederá Marx con los diversos elementos que analiza. El capital será estudiado justamente tratando de ubicar y precisar conceptualmente los rasgos que lo hacen ser capital, que hacen que un “algo” sea capital. De este modo, poco a poco irá tomando distancia de los economistas. Se dará cuenta de que estos confunden los caracteres materiales de las cosas con sus determinaciones formales. Identifican, por ejemplo, los me-

dios de producción con el capital; solo en ciertas condiciones un ente material puede llegar a tener un significado formal. Años antes, en unas charlas para obreros, Marx ya había explicado la diferencia entre materia y forma y su importancia para este análisis específico del capital. En aquella ocasión, Marx decía: "Un negro es un negro. Solo en determinadas condiciones se convierte en esclavo. Una máquina de hilar algodón es una máquina para hilar algodón. Solo en determinadas condiciones se convierte en *capital*. Arrancada a estas condiciones, no tiene nada de capital, del mismo modo que el oro no es de por sí dinero, ni el azúcar es el precio del azúcar" (Marx y Engels, 1977: I: 76).

Es aquí donde quisiera señalar con especial énfasis una influencia del pensamiento hegeliano que no siempre es evidente. Se trata de la "parte activa del conocimiento" que ya señalábamos en el capítulo correspondiente al estudio del materialismo idealista de Marx, pero ahora aplicada al análisis dialéctico. Es la dialéctica sujeto-objeto que permite comprender las cosas en función de los seres humanos y especialmente en razón de las relaciones entre seres humanos. Para Hegel, en efecto, las cosas no son nada sin la conciencia que las pone como cosas. "Fenomenológicamente hablando, no puede haber objeto si no hay sujeto; es imposible que las múltiples y de suyo dispersas e incoherentes impresiones sensibles se unifiquen constituyendo un objeto, si no hay un yo, un 'yo pienso', ente el cual y para el cual constituyen objeto" (Miranda, 1989b: 94). Las cosas adquieren significado por los hombres; pero, por otro lado, son las cosas las que permiten al hombre reconocerse: como ser diferente a la naturaleza y como productor que en la cosa se objetiva (objetiva una parte de sí). Para Hegel:

el objeto no es lo otro del sujeto, es el sujeto mismo en su alteridad respecto de sí [...] la conciencia, al salir de sí misma hacia el mundo, no hace sino encontrarse allí consigo misma, pero como otra, según una alteridad tal que toma entonces la forma de una contingencia sin predeterminación ninguna [...] Según Hegel lo originario es la génesis común del hombre y del mundo, el proceso de los hombres, que se reconocen mutuamente en y por el mundo (Labarriere, 1985: 157).

Este rasgo del pensamiento hegeliano le permite a Marx comprender las cosas en función de los seres humanos, poner a los seres humanos como sujetos y, finalmente, descifrar las determinaciones formales de las cosas en razón de las relaciones sociales que los hombres establecen entre sí. Con otras

palabras, las determinaciones formales, es decir, lo que hace ser a las cosas, serán las formas sociales más allá de su carácter material. Así, por ejemplo, un medio de producción no adquirirá la forma capital hasta que no se enfrente al trabajo vivo como trabajo asalariado. Lo que define al capital como capital es precisamente una relación social de dominación que se invierte (o se vuelve del revés) a la hora de su existencia empírica. En conclusión, la cuestión de las “determinaciones formales” no tiene solo un sentido lógico, sino que apunta ya al tipo de análisis que Marx realiza y que consiste en desentrañar la esencia social que constituye a las cosas en su forma. Las determinaciones formales serán, en Marx, relaciones sociales.

DESARROLLAR GENÉTICAMENTE LAS FORMAS

El método dialéctico no se detiene ahí. Uno de los caracteres más específicos de este “primer intento de aplicar la dialéctica a las cuestiones económicas” consiste en la forma en que se desarrollan las categorías y los conceptos. Se trata de comprender en su fluir contradictorio las formas sociales y seguirlas hasta su forma de aparición en la superficie. En efecto, después de esto, lo concreto aparecerá como síntesis de múltiples determinaciones. Pero el propósito es no dar saltos lógicos que anulen o soslayen desarrollos del concepto. Y, ahora sí, esto va a establecer la separación definitiva entre la crítica de la economía política de Marx y los discursos económicos anteriores, incluido el de Ricardo, a quien el autor de *El capital* tributa un gran respeto. Revisemos, entonces, la forma en que Marx establece sus diferencias metodológicas con la economía política.

Adam Smith significa para Marx el desarrollo de la economía política “hasta alcanzar cierta totalidad”. No obstante, Smith combina dos métodos distintos que se entrecruzan y contradicen continuamente:

De una parte, indaga la concatenación interior de las categorías económicas o la *trabazón oculta* del sistema económico burgués. De otra parte, coloca al lado de esto la concatenación que aparentemente se da en los fenómenos de la competencia y que se ofrece a la vista del observador no científico [...] Estos modos (diferentes) de concebir —uno de los cuales penetra en la concatenación interna, en la fisiología del sistema burgués, por así decirlo, mientras que el otro se limita a describir, catalogar, relatar y colocar bajo determinaciones conceptuales esquemáticas lo que al exterior se manifiesta en el proceso de la vida— no discurren en A. Smith paralelamente y sin relación alguna entre sí, sino que se entrecruzan y se contradicen continuamente (Marx, 1980b: III: 145).

Podríamos señalar que la falta de rigor científico de Smith consiste en no desarrollar con todas sus consecuencias y en todas sus contradicciones los presupuestos de los que parte hasta llegar a explicar la realidad concreta tal como se presenta a los ojos de todos; utiliza el punto de vista empírico para explicar esta forma concreta de aparición de la esencia. Lo mismo le ocurre a Ricardo.

El método de Ricardo puede [...] expresarse así: parte de la determinación de la magnitud de valor de la mercancía por el tiempo de trabajo y pasa luego a investigar si las demás relaciones y categorías económicas contradicen a esta determinación o hasta qué punto la modifican. A primera vista se comprende tanto la justificación histórica de este modo de proceder, su necesidad científica en la historia de la economía, como también su insuficiencia científica, insuficiencia que no se manifiesta tan solo [formalmente] en el modo como se expone, sino también en que conduce a resultados erróneos, puesto que salta eslabones intermedios y trata de demostrar directamente la congruencia de las categorías económicas entre sí (Marx, 1980b: II: 145).

Resaltemos estos dos elementos de la crítica de Marx a los dos grandes economistas clásicos. En primer término, los errores de Smith consisten en combinar dos modos de proceder frente a la realidad: de un lado el análisis de la esencia, de otro, el simple reporte inmediato de lo observable. Si se procede así no se desarrolla el fluir de la esencia hasta su manifestación concreta. En el mismo sentido, la "insuficiencia científica" de Ricardo consiste en "saltar eslabones intermedios" para explicar el modo en que la teoría del valor por el tiempo de trabajo se aplica a todas las formas económicas. Con todo, a los ojos de Marx, Ricardo tiene un gran mérito científico, una "gran importancia histórica", que consiste en haber develado el fundamento de la contradicción entre el movimiento aparente y el movimiento real del sistema. "El fundamento, el punto de partida de la fisiología del sistema burgués —de la comprensión de su trabazón orgánica interna y de su proceso de vida— es la determinación del valor por el tiempo de trabajo. De esto parte Ricardo" (Marx, 1980b: II: 146). Pero de ahí, y eso a diferencia de Ricardo, habría que desarrollar dialécticamente, y sin saltar las mediaciones pertinentes, todas las contradicciones internas y seguirlas hasta su aparición fenoménica. Las categorías deben desarrollarse lógicamente. Las diversas categorías se implican entre sí. Una categoría se conecta con otra que la explica. Y deben evitarse los saltos lógicos. He aquí, entonces, una parte fundamental del método dialéctico, y también la explicación de que Marx

considerara que esto era lo científico. Cada categoría implica a su vez a otra. Y esta otra categoría termina de explicar a la anterior en un movimiento ascendente en espiral, formando un bucle o rizo, como se denominará en la filosofía estructuralista del siglo xx. La categoría, que siempre es relacional, asciende a través de la posterior y es negada; solo en ese ascenso, la primera categoría encuentra su verdad. Dice Marx:

Por ejemplo, la mercancía envuelve el antagonismo del valor de uso y el valor de cambio. Este antagonismo sigue desarrollándose, se manifiesta, se realiza como el desdoblamiento de la mercancía en mercancía y dinero. Este desdoblamiento se muestra como un proceso en la metamorfosis de la mercancía, en la que la venta y la compra son dos momentos distintos de un proceso, pero cada acto de este proceso implica al mismo tiempo su contrario (Marx, 1980b: III: 75).

Como resultado, podríamos señalar que Marx se distingue de los economistas en la cuestión crucial del método. Ya en 1863, Marx escribía:

La economía clásica trata de reducir a unidad interior, mediante el análisis, las diferentes formas fijas de la riqueza, extrañas las unas a las otras, despojándolas de la forma en que se mantienen indiferentes entre sí. Pretende comprender la concatenación interna, a diferencia de la diversidad de las formas de manifestarse [...] La economía clásica se contradice, a veces incidentalmente, en este análisis; trata, en muchas ocasiones, de llevar a cabo esta reducción directamente, sin [recurrir a] términos intermedios, poniendo de manifiesto la identidad de la fuente de que emanan las diferentes formas. Pero esto se desprende necesariamente del método analítico con que [estos] economistas se ven obligados a hacer la crítica y trazar sus conceptos. No están interesados en desarrollar *genéticamente* las diferentes formas, sino en reducirlas a unidad analíticamente puesto que parten de ellas como de premisas dadas. Ahora bien, el análisis [es] una premisa necesaria de la *exposición genética*, para llegar a comprender el proceso real de estructuración, en sus diferentes etapas. Por último, la economía clásica falla, revela sus defectos, al no enfocar la *forma fundamental del capital*, la producción encaminada a la apropiación de trabajo ajeno, como una *forma histórica*, sino [como si fuera] una *forma natural* de la producción social, enfoque que, sin embargo, su propio análisis la pone en camino de abandonar (Marx, 1980b: III: 443).

Aunque sutil, esta diferencia que el propio Marx hace entre la economía política y su crítica tiene consecuencias importantes. Para aquellas fe-